

Coordinación de la Serie viajeros
ALEJANDRA LAERA

FÉLIX DE AZARA - MANUEL BELGRANO -
CONDE DE CABARRÚS - CONCOLORCORVO -
TOMÁS DE IRIARTE - DÁMASO LARRAÑAGA -
JOSÉ MARÍA PAZ - FAMILIA DEL PINO -
BERNARDINO RIVADAVIA

RUMBOS PATRIOS

La cultura del viaje entre fines
de la Colonia y la Independencia

Selección y prólogo de Jorge Myers



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2011

Rumbos patrios : la cultura del viaje entre fines de la Colonia y la Independencia / con prólogo de Jorge Myers ; seleccionado por Jorge Myers. - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2011.

424 p. ; 21x14 cm. - (Tierra firme)

ISBN 978-950-557-872-6

1. Crónicas de Viaje. I. Myers, Jorge, prolog. II. Myers, Jorge, selec.

CDD 910.4

Diseño de tapa: Juan Balaguer

D.R. © 2011, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusto 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-872-6

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ÍNDICE

<i>Transiciones identitarias en una época de crisis, derrumbe y renovación (1770-1825),</i> Jorge Myers	9
--	---

I. EL VIAJE VIRREINAL

<i>Montevideo, Concolorcorvo</i>	49
<i>Lima, Concolorcorvo</i>	61
<i>Cartas, familia del Pino</i>	81
<i>Cartas a sus padres y a su hermano,</i> Manuel Belgrano	95
<i>Viajes por la América meridional (selección),</i> Félix de Azara	121

II. EL VIAJE REVOLUCIONARIO

<i>Memoria sobre la expedición al Paraguay, 1810-1811,</i> Manuel Belgrano	145
<i>Vilcapugio, José María Paz</i>	175
<i>Diario de viaje de Montevideo a Paysandú,</i> Dámaso Larrañaga.....	227

III. EL VIAJE DIPLOMÁTICO

<i>Carta a Manuel Belgrano</i> , Bernardino Rivadavia	297
<i>Carta a Pedro de Cevallos</i> , conde de Cabarrús.....	309
<i>Memorias</i> (selección), Tomás de Iriarte.....	323

*Transiciones identitarias en una época
de crisis, derrumbe y renovación
(1770-1825)*

Jorge Myers

EN LOS AÑOS 1990, cuando los nuevos procesos de globalización de la economía y de la cultura provocaban discusiones intensas y altamente polarizadas, el antropólogo brasileño Renato Ortiz sugirió, en su importante libro *Otro territorio*, que un aspecto emblemático de los mismos era su impacto sobre la cultura del viaje: mientras que antes los itinerarios de los viajeros habían estado determinados por una clara demarcación entre un adentro –su lugar y cultura de origen– y un afuera –todo aquello que permanecía ajeno a ese origen–, ahora esa división tajante había cedido su sitio a un constante “adentro”. El viajero del mundo globalizado, desde ahora, se desplazaría siempre por espacios y culturas que, de algún modo, debido a su creciente interconexión y mezcla, parecerían constituir un interior permanente, un “adentro” global. Dejando de lado la cuestión –tan discutida y tan discutible– acerca de la verosimilitud de esta descripción formulada por Ortiz en los optimistas años 1990, es un hecho histórico que el proceso inverso ha afectado muchas veces, de modo determinante, el desarrollo de las relaciones sostenidas

entre regiones y culturas, entre los Estados y sus principios identitarios.

Cuando los imperios se derrumban, como ocurrió en el caso de los iberoamericanos entre 1807 y 1825, lo que antes era parte del propio interior cultural/regional del viajero se convierte de pronto, de un modo complejo, tortuoso y hasta a veces enigmático, en un “afuera” radical, en “otro territorio” en el sentido más extremo del término. El viaje, y la narración del viaje, que se producen en un momento de cambio repentino y profundo como éste, están entonces marcados por la ambivalencia identitaria que pasa a habitar tanto al viajero como a los territorios culturales por los que transita. Éste es un tema que recorre los muy variados relatos de viaje elaborados durante los años que condujeron a los habitantes del territorio que hoy llamamos “Argentina”, desde su condición de miembros de una nación española transatlántica e imperial a ciudadanos de unas Provincias Unidas endeblemente cimentadas, centradas en fuertes identidades locales y separadas de un modo mucho más radical que antes de aquellos otros territorios que hasta entonces habían formado parte del “adentro” imperial y que ahora constituían un “afuera” de contornos imprecisos y hasta cierto punto ignotos.

Una era de transiciones

Así empezaba el general Tomás de Iriarte sus memorias:

Los primeros días de la navegación fueron felices y agradables: y las atenciones recíprocas de tantos individuos reunidos por primera vez para vivir en familia contribuían no poco a hacer más

soportable las penalidades de un viaje tan largo. Los alojamientos se distribuyeron según las graduaciones. Valdés, Toro, Pasos y yo fuimos alojados en la cámara alta, por ser los de más graduación, los demás oficiales se distribuyeron en la batería y antecámara de Santa Bárbara. El General La Serna se alojó en la cámara del comandante: ambos comían solos. La mesa de los oficiales compuesta de 26 cubiertos estaba abundantemente servida. Contribuimos cada uno con cien pesos fuertes, cuya cantidad empleada en víveres y unida a la ración de armada, era más que suficiente para proporcionarnos un buen trato. A los ocho días de nuestra salida de Cádiz descubrimos el famoso pico de Tenerife, una de las Islas Canarias: era la segunda vez que yo veía esta elevación de tierra [...]. Es difícil, o por mejor decir, imposible, que hombres reunidos en un mismo buque durante una larga navegación puedan ocultar por mucho tiempo sus opiniones. Así sucedió que muy pronto nos conocimos todos distinguiéndonos por el color político a que nos adheríamos. La mesa era el lugar destinado para las discusiones acaloradas: los liberales se expresaban con la mayor franqueza; los serviles por su parte no se quedaban en zaga, como que estaban más garantidos; yo tampoco tenía embarazo en manifestar mis opiniones con respecto a los negocios de América, a pesar de que siempre me veía solo en esta contienda.

Este relato de viaje da inicio al primer tomo de la versión publicada de las memorias del general Tomás de Iriarte. El viaje en cuestión tuvo lugar en el año 1816. Habiendo llegado a una conclusión exitosa la Guerra de Independencia librada por España contra el invasor francés –Napoleón había ocupado ese país con sus ejércitos entre 1808 y 1814–, Iriarte se dirigía junto a un grupo de compatriotas a participar en la

guerra civil que se libraba en el territorio americano del Imperio español, cuyo monarca, Fernando VII, hacía poco más de un año que había sido restaurado en el trono. En su calidad de oficiales españoles, se dirigían todos bajo el mando del general La Serna al puerto de Arica, en Perú, donde debían unirse a las fuerzas patriotas leales al monarca restaurado que entonces seguían combatiendo contra las fuerzas rebeldes que, en el antiguo territorio del Virreinato del Río de la Plata, aún no habían ofrecido su rendición. La travesía, azarosa como todas las navegaciones de aquella época, los llevaría cerca de la costa de África, para luego cruzar el Atlántico y “la línea equinoccial” hasta dar la vuelta por el estrecho de Magallanes e internarse en las poco bonancibles aguas del mar Pacífico, y alcanzar exitosamente su destino unos meses después de su partida inicial desde Cádiz.

El relato de Iriarte sintetiza, a través del microcosmos de la nave que lo transportaba junto con sus compañeros, gran parte de las ambivalencias y contradicciones que afectaban a los españoles en ese preciso momento histórico. Todavía no se habían formado nuevas identidades nacionales en la extensa franja de territorios que España había gobernado en las Américas. La guerra que se libraba enfrentaba hasta hacía muy poco a españoles americanos y españoles peninsulares que se reconocían, en su gran mayoría, súbditos del mismo rey. En el buque que conducía a La Serna y sus oficiales, todos, pues, se sentían en primera instancia españoles, por encima de las profundas identidades regionales que los pudieran habitar y definir. Así lo sentía también Iriarte, aunque en su caso el hecho de haber nacido en Buenos Aires y de haberse criado en Montevideo lo definiera como un americano frente a sus hermanos oficiales de la Península. Las diferencias más agudas eran aquellas

referidas a las opiniones políticas: la división entre “serviles”, es decir defensores del absolutismo del monarca, y liberales, es decir aquellos que habían sentido simpatía por las Cortes de Cádiz y la constitución española de 1812. En muy pocos años, aquel sentimiento de una nacionalidad compartida entre españoles de América y españoles de la Península se resquebrajaría de un modo definitivo. En cuanto pudo, y tal como lo cuenta en sus memorias, Iriarte se separó de las filas realistas y se pasó a las filas de los ejércitos de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por cuya independencia abogó militar y diplomáticamente. El caso de Iriarte ilustra, pues, hasta qué punto eran lábiles en este período de cambios políticos tan trascendentales las identidades colectivas y el sentimiento de pertenencia a ellas. La nacionalidad española atravesaba, a mediados de la década de 1810, un proceso de vertiginoso fraccionamiento que comenzaba a dar lugar a las incipientes identidades nacionales o protonacionales de los nuevos pueblos independientes de Hispanoamérica.

Identidades ambivalentes

Casi medio siglo antes, la situación había sido muy distinta. Cuando don Calixto Bustamante Carlos Inca redactó el relato del viaje que había realizado desde Montevideo a Lima en compañía del visitador de correos, estafetas y postas don Alonso Carrió de la Vandra, todo el dilatado territorio que atravesaron formaba parte del Virreinato del Perú, gobernado desde Lima, y éste a su vez estaba firmemente integrado al conglomerado de territorios que el rey español gobernaba desde Madrid: un conglomerado que abarcaba desde Italia en

el extremo oriental hasta Filipinas en el extremo occidental, desde los confines de la Alaska rusa en el norte hasta las islas Malvinas y los inicios de la Patagonia en el sur.

Aunque para la mayor parte de los habitantes de ese vasto imperio el lento y difícil transcurrir de sus vidas estaba confinado a un territorio estrecho que no se alejaba nunca demasiado del pago que los vio nacer, una nutrida élite de funcionarios, militares, eclesiásticos y comerciantes habían tejido redes extensas que unían entre sí las distintas partes de ese complejo y culturalmente abigarrado espacio que reconocía la soberanía única y suprema del monarca español. Para estos sectores, el movimiento a lo largo de grandes distancias se había vuelto algo cada vez más normal dentro de sus vidas, ya que el Imperio era uno e indivisible, y quienes formaban parte de él tenían una fuerte conciencia de estar integrando un espacio cultural y político unificado —aun cuando los “usos y costumbres” mostraran profundas diferencias entre una provincia y otra—. En las esferas más encumbradas de la sociedad del Imperio español, una parte muy atendible de la vida era el viaje a regiones distantes, la migración permanente, en muchos casos a regiones ubicadas en los antípodas del lugar de nacimiento. Un gaditano podía esperar ser periodista en Lima, asistente del capitán-general en Chile y otra vez periodista, protegido por el virrey, en Buenos Aires; el hijo de un comerciante muy próspero de Buenos Aires podía dudar, mientras estudiaba en España, entre aceptar un destino en el Consulado de México u otro en el consulado de su propia ciudad; un mexicano podía coronar su carrera como virrey en Buenos Aires. Dentro del espacio que abarcaba el Imperio español, las largas travesías entre un territorio y otro eran una faceta típica de la vida de los españoles de la élite.

Es esta la razón por la cual Calixto Bustamante Carlos Inca, de apodo “Concolorcorvo” por su ascendencia indígena, decidió escribir una guía para los viajeros, un “lazarillo de ciegos caminantes”, que les diera consejos prácticos y cierta información mínima acerca de las condiciones económicas, sociales, culturales, políticas, de las regiones por las cuales deberían transitar. Se inscribía dentro de un género que en el mundo iberoamericano comenzaba a consolidarse: la segunda mitad del siglo XVIII presenció la creciente publicación de guías y almanaques destinados a los viajeros que por sus ocupaciones se veían obligados a visitar regiones muy distantes de su lugar de origen. Como regla, estas publicaciones ofrecían noticias acerca de las autoridades, tanto civiles como eclesiásticas, de los virreinos y de las provincias, algunos datos sobre el clima, sobre las comidas disponibles, y a veces ciertas breves reseñas históricas para que el viajero-lector pudiera tener alguna noticia acerca de los antecedentes del lugar que estaba por visitar. Este género daba por sentada la existencia de un número creciente de viajeros inraimperiales, que podrían beneficiarse con datos precisos y consejos que aliviaran las duras peripecias de un viaje en el siglo XVIII o de principios del siglo XIX. Presuponía también que los ciudadanos del Imperio español, aunque provinieran de las regiones más exóticas, eran, todos, miembros de una misma comunidad política. Esta conciencia de la pertenencia a un vasto imperio, aunque se supiera poco o nada de su verdadera magnitud o de su ordenamiento institucional, quedó ilustrada en el “Prólogo” a *El lazarillo de ciegos caminantes*:

Llegando cierta tarde a la casa rural de un caballero del Tucumán, con el visitador y demás compañía, reparamos que se expli-

caba en un modo raro y que hacía preguntas extrañas. [...] Observando el visitador la extravagancia del buen hombre, le preguntó si sabía el nombre del actual rey de España y de las Indias, a que respondió que se llamaba Carlos III, porque así lo había oído nombrar en el título del gobernador, y que tenía noticias de que era un buen caballero de capa y espada. ¿Y su padre de ese caballero? replicó el visitador, ¿cómo se llamó? A qué respondió sin perplejidad, que por razón natural, lo podían saber todos. El visitador [...] le apuró para que dijese su nombre, y sin titubear dijo que había sido el S. Carlos II. De su país no dio más noticia que de siete a ocho leguas en torno y todas tan imperfectas y trastornadas, que parecían delirios o sueños de hombres despiertos.

La respuesta acertada del caballero del Tucumán muestra su conciencia de pertenecer al Imperio español, la errada sugiere el tipo de público al cual estaban destinados necesariamente los almanaques, guías y “lazarillos de ciegos caminantes”.

Entre la fecha del relato de viajes de Concolorcorvo, 1771-1773, y la de aquellos escritos a raíz de la misión diplomática de los criollos a Europa para el reconocimiento de la independencia, 1824-1826, la situación política e identitaria de los habitantes del Río de la Plata, de aquellas regiones que hoy llamamos Argentina, se transformó dramáticamente. En 1771, Buenos Aires y Montevideo, Córdoba y Salta, todavía formaban parte del Virreinato del Perú, y dependían directamente de una capital instalada en Lima. El Imperio español atravesaba un período de cambios vertiginosos, producto de las llamadas “Reformas Borbónicas”: cuatro años antes (1767) habían sido expulsados los jesuitas de todos los territorios del Imperio –un hecho al cual alude solapadamente Concolor-

corvo en varios pasajes de su obra–; cinco años más tarde (1776) la Corona crearía el nuevo Virreinato del Río de la Plata, elevando a Buenos Aires a la condición de capital virreinal; y tan sólo nueve años más tarde tuvo su comienzo la rebelión indígena liderada por Tupac Amaru II, que fue brutalmente derrotada en 1782. Aunque sin duda era una época de cambios profundos, todos éstos se dieron dentro del marco del sistema imperial que había existido en las Américas desde el siglo XVI.

Por el contrario, a partir de 1808, la invasión napoleónica de España había decapitado a este imperio tan intensamente centralizado, y la consecuencia fue un progresivo derrumbe de las instituciones tradicionales y una lenta construcción (o amago de construcción) de instituciones nuevas para reemplazar a las perimidas. La identidad de los habitantes de estos territorios pasó por una etapa de transformaciones vertiginosas, que condujeron primero –en la estela de la Revolución de Mayo de 1810– a una guerra civil entre los españoles leales a Cádiz y aquellos leales a Buenos Aires (o a otros centros de poder menores, como el Paysandú artiguista), y luego a un repudio explícito del monarca tradicional –a través de la declaración de independencia del 9 de julio de 1816– y a la emergencia de una nueva patria –ambivalente en sus contornos: rioplatense, provincial o americana– separada de la antigua. En 1822, Estados Unidos se convirtió en el primer país extranjero en reconocer la independencia argentina, y fue en función de este apoyo explícito que se organizó la primera misión diplomática “en regla” de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ocasión del viaje de Carlos María de Alvear con su secretario Tomás de Iriarte, narrada en sus memorias. Recién en diciembre de 1824 llegó a su fin, en la batalla de Ayacucho, la inde-

pendencia de los pueblos continentales de Hispanoamérica, y tan sólo en 1825 el tratado de reconocimiento de la independencia de las Provincias Unidas suscripto por el gobierno de Gran Bretaña puso el sello definitivo sobre la independencia argentina (ya que el aval del Imperio británico, a la sazón la máxima potencia mundial, frenaba cualquier intento de reconquista por parte de la antigua metrópoli).

Viaje por una nación independiente

Junto con las primeras expediciones militares, también se realizaron los primeros viajes diplomáticos en busca del reconocimiento de la independencia. El propio Manuel Belgrano, que en tiempos de la colonia hizo el clásico viaje virreinal de estudios en Europa, en los años posteriores a 1810 estuvo al frente de las tropas patrias en el Alto Perú y en Paraguay, expedición sobre la cual dejó escrita una breve memoria, pero también tuvo a cargo una importante misión diplomática junto con Bernardino Rivadavia.

Enviados en diciembre de 1814 hacia Río de Janeiro primero –con la intención de tantear la voluntad del representante inglés ante la corte real portuguesa–, desde donde debían seguir viaje hacia Europa, Rivadavia y Belgrano llevaban instrucciones muy claras. Si no podían lograr un arreglo negociado con el rey español Fernando VII, que había restaurado el régimen absolutista en su país, debían convencer a los ingleses de la voluntad argentina de constituir una monarquía constitucional a orillas del Plata, y para ese cometido, entablar negociaciones con distintas familias reales con el objetivo de obtener un príncipe para que gobernara a este país. La solu-

ción que en 1814 parecía imponerse al dilema rioplatense –las revoluciones patriotas habían sido derrotadas en todos los demás territorios del Imperio español y Buenos Aires con sus provincias permanecía como el único foco vivo del alzamiento que dos años antes había parecido estar a punto de expulsar a España para siempre de las Américas– no era en absoluto absurda: Grecia, que en plena era de la Santa Alianza se sublevó contra el Imperio otomano, pudo obtener su independencia definitiva, garantizada por Gran Bretaña, mediante la aceptación de un monarca. En un mundo donde las repúblicas eran una mala palabra, el camino monárquico parecía el único posible. La misión partió, pues, luego de haber obtenido una garantía del gobierno inglés –por parte de lord Strangford, cuya hermosa tumba yace en Lausanne, Suiza– de que Portugal no atacaría a las Provincias Unidas. Y se dirigió hacia Inglaterra, donde sus instrucciones eran tomar contacto primero con Manuel de Sarratea, que había sido enviado antes allí por el gobierno triunfante y de quien se suponía podría darles a los nuevos enviados una composición de cuadro más exacta acerca de la situación española.

La misión fracasó. Luego de muchos meses de negociaciones frustradas con el ministro de Estado del rey, Pedro Cevallos –conducidas a veces directamente por los enviados porteños, a veces por intermedio del conde de Cabarrús–, el resultado fue el reconocimiento de que Fernando VII no aceptaría jamás llegar a un acuerdo con sus súbditos rebeldes. La misión se había visto entorpecida por la cantidad de representantes involucrados –cuatro: Belgrano, Rivadavia, Sarratea y el intermediario Cabarrús– y sobre todo por la furibunda animosidad de Sarratea hacia Rivadavia. En 1816, Cevallos dio por concluida la negociación, y Rivadavia, que había via-

jado a España, fue expulsado a principios de 1817. El rol de Cabarrús fue singularmente importante no sólo en las negociaciones con el rey, sino en el plan de contingencia que los diplomáticos debieron desarrollar. Ante el cada vez más evidente fracaso de la misión madrileña, se vieron obligados a buscar un príncipe para el Río de la Plata, hecho que dio lugar al llamado “negocio de Italia”. El predecesor de Fernando VII, Carlos IV, vivía exiliado en Italia y, contando una vez más con la intervención de Cabarrús, se entabló una negociación paralela para intentar obtener la venida a Buenos Aires de algún miembro colateral de la familia real. Esta misión también se frustró, sobre todo por el cambio en el clima político europeo después de Waterloo. La carta del conde de Cabarrús y las cartas intercambiadas entre Rivadavia y Belgrano exigen ser leídas en el contexto de esta compleja y alambicada negociación llevada a cabo por los representantes de una pequeña y frágil república rebelde con los grandes dinastas del Imperio español.

El hecho de que este relato de viaje aparezca en la forma de cartas no es casual: indica un dato central de la literatura de viaje de la época. Los relatos de viajeros rioplatenses, escritos como tales, son muy pocos. Antes de la generación romántica, fue muy escasa la composición de relatos de viaje que le fueran propuestos explícitamente al lector como tales. Salvo contadísimas excepciones, como *El lazarrillo de ciegos caminantes*, o los relatos de viaje ilustrados, como aquel de Félix de Azara, el registro de los viajeros aparece casi siempre en otro tipo de literatura: sobre todo en la autobiográfica y memorialística de la época, pero también en la correspondencia personal. Incluso un texto que podría parecer a primera vista un relato de viaje perfectamente elaborado, el *Diario de viaje*

de Montevideo a Paysandú de Dámaso Larrañaga, fue redactado, como su nombre lo indica, bajo la forma de un diario personal.

* * *

Este volumen presenta las distintas formas que asumieron los relatos de viaje “argentinos” en el lapso de medio siglo que va de 1774 a 1826, todas ellas derivadas directamente de un proceso de transformaciones tan veloces como, en algunos casos, abruptas. El relato de viaje en sí mismo es tan antiguo como la literatura occidental: la *Odisea* narra un viaje imaginario de regreso al hogar perdido, mientras que las *Historias* de Heródoto se basaron –según la versión tradicional de su origen– en los viajes del propio historiador. Incluso la *Iliada*, aunque el cuerpo central de su relato se refiere al asedio y conquista de Troya por parte de los helenos, es en parte el relato de un viaje, como lo comprueban el magnífico “catálogo de las embarcaciones” –que tanta resonancia ha tenido en la literatura occidental– y el triste destino de Ifigenia –que Homero no relató pero que formaba parte del mito general de la guerra de Troya– que se debió cumplir en una escala del viaje hacia Troya, en Áulide.

Sin embargo, las narraciones de viaje recién se consolidaron como un género literario autónomo, en la estela de la expansión europea desde el siglo XV en adelante. Los relatos de exploración y conquista que nacieron de las empresas imperialistas europeas fueron articulando una tradición específica de escritura con ciertas pautas y códigos compartidos. A fines del siglo XVIII, más aún a principios del siglo XIX, la narrativa viajera había llegado a conformar un género literario cuya solidez

I. EL VIAJE VIRREINAL

*Montevideo**

CONCOLORCORVO

*“Canendo et ludendo refero vera.”***

SI FUERA CIERTA la opinión común, o llámese vulgar, que viajero y embustero son sinónimos, se debía preferir la lectura de la fábula a la de la historia. No se puede dudar, con razón, que la general extractó su principal fondo de los viajeros, y que algunas particulares se han escrito sobre la fe de sus relaciones. Las cifras de los peruleros, en quipus, o ñudos de varios colores, los jeroglíficos o pinturas de los mexicanos, la tradición de unos y otros, vertida en cuentos y cantares y otros monumentos, corresponden (acaso con más pureza) a nuestros roídos pergaminos, carcomidos papeles, inscripciones sepulcrales, pirámides, estatuas, medallas y monedas, que por su antigüedad no merecen más crédito, porque así como no estorban las barbas para llorar, no impiden las canas para mentir. Con estos aparatos y otros casi infinitos se escribieron todas las historias antiguas y modernas. Los eruditos ponen las primeras en la

* Tomado de *El lazarillo de ciegos caminantes*, Antonio Lorente Medina (ed.), Madrid, Editora Nacional, 1980.

** “Cantando y jugando digo verdades.”

clase de las fábulas, y a las segundas las comparan a las predicciones de los astrólogos, con la diferencia de que éstos, como conferencian con los dioses, anuncian lo futuro, y aquéllos, no pudiendo consultar más que con los mortales, sólo hacen presentes los sucesos pasados.

Supuesta, pues, la incertidumbre de la historia, vuelvo a decir, se debe preferir la lectura y estudio de la fábula, porque siendo ésta parto de una imaginación libre y desembarazada, instruye y deleita más. El héroe que propone es, por lo general, de esclarecida estirpe, hábil, robusto, diligente y de agradable presencia. Insensiblemente le empeña en los lances de peligro. Le acusa sus descuidos y algunas veces los castiga con algún suceso adverso, para que el honor le corrija, y no el miedo. Jamás le desampara ni pierde de vista. En los lances y empresas en que no alcanzan las fuerzas humanas, ocurre a las divinas, por medio de las cuatro principales cartas de aquella celestial baraja.

Juno y Venus, rivales desde la decisión del pastor de Ida, siguen opuesto partido, procurando cada una traer al suyo al altisonante Júpiter que, como riguroso republicano, apetece la neutralidad; pero deseando complacer a las dos coquetas, arroja rayos ya a la derecha, ya a la izquierda, en la fuerza del combate, para que quede indecisa la victoria. La implacable Juno abate toda su grandeza, suplicando a Eolo sople, calme o se enfurezca. La Bizca manda a Marte, como Proserpina a un pobre diablo. Palas no sale de la fragua del Cojo Herrero hasta ver a su satisfacción templados broqueles y espadas, y la sabia diosa no se desdén transformarse en un viejo arrugado y seco, para servir de ayo y director del hijo único de Penélope. En fin, triunfa el principal héroe de la fábula, que coloca en el inmortal sagrado templo de la fama bella.

No se debe extrañar mucho que los dioses de la gentilidad se interesen en los progresos de los mortales, porque descendiendo de la tierra, es natural tengan algún parentesco o alianza con los héroes de la fábula, o a lo menos les moverá el amor de la patria de donde derivan su origen. Lo que causa admiración es que los diablos, así pobres como ricos, y de quienes hacen tan mal concepto vivos y difuntos, franqueen sus Infiernos a estos héroes hasta llegar al gabinete de Plutón y Proserpina, sin impedimento del rígido Radamante y del avaro Charón, como dicen los franceses, *fort bien*. Pero lo que más asombra es la benignidad del Dios de los Infiernos en haber permitido la salida de ellos a los hijos de Ulises y de Apolo. Algunas veces me puse a discurrir el motivo que tendría Orfeo para buscar a su mujer en los Infiernos, habiendo muerto con verdaderas señales de mártir de la honestidad, y a Telémaco solicitar a su padre en los Campos Elipsios, siendo constante que fue un héroe algo bellaco; pero no es lícito a los mortales averiguar los altos juicios de los dioses.

Sin embargo, de los prodigios que cuentan los fabulistas, vemos que en todas edades y naciones se han aplicado a la historia los hombres más sabios. No se duda que algunos han sido notados de lisonjeros, y aun de venales, pero no faltaron otros tan ingenuos que no perdonaron a sus parientes y amigos, haciendo manifiestos sus defectos y publicando las buenas prendas de sus más acérrimos enemigos. Todos concurrimos a la incertidumbre de la historia, porque no hay quien no lea con gusto los aplausos que se hacen a su nación y que no vitupere al que habla de ella con desprecio o con indiferencia. En toda la Europa tiene gran crédito nuestro historiador Mariana por su exactitud e ingenuidad, y con todo eso, muchos de los nuestros le tienen por sospechoso, y desafecto a la na-

ción. La más salada en disparates honró a Mariana con el epíteto, que se da comúnmente a las inquilinas de Lupa, porque hablando de sus antepasados, los trató de incultos y de lenguaje bárbaro y grosero. Dudo que fuesen más pulidos los montañeses de Asturias, Galicia y Navarra, pero pasamos este rasgo a Mariana por la complacencia que tenemos en oír la defensa de los vulgares vizcaínos.

Los viajeros (aquí entro yo), respecto de los historiadores, son lo mismo que los lazarillos, en comparación de los ciegos. Éstos solicitan siempre unos hábiles zagales para que dirijan sus pasos y les den aquellas noticias precisas para componer sus canciones, con que deleitan al público y aseguran su subsistencia. Aquéllos, como de superior orden, recogen las memorias de los viajeros más distinguidos en la veracidad y talento. No pretendo yo colocarme en la clase de éstos, porque mis observaciones sólo se han reducido a dar una idea a los caminantes bisoños del camino Real, desde Buenos Aires a esta capital de Lima, con algunas advertencias que pueden ser útiles a los comerciantes y de algún socorro y alivio a las personas provistas en empleos para este dilatado Virreinato, y por esta razón se dará a este tratadito el título de *Lazarillo de bisoños caminantes*. Baste de exordio y demos principio a nuestro asunto.

Tengo dicho en mi Diario Náutico que a los 84 días de haber salido de la ría de La Coruña, en el paquebote correo de su majestad nombrado el *Tucumán*, dimos fondo a la vela en la algosa arena de la mejor ensenada que tiene el Paraná. Al amanecer del siguiente día, y mientras se preparaba la lancha, me despedí de los oficiales y equipaje con alegre pena y en particular del salado contra maestre, a quien llamé aparte y pregunté confidencialmente y bajo palabra de honor me diese su

dictamen sobre la vagante isla de *San Borondón*. Se ratificó en lo que me dijo, cuando nos calmó el viento entre las islas de Tenerife, Gomera, Palma y Fierro: esto es, que en ningún tiempo se veía la isla en cuestión, sino en el de vendimia, aunque subiesen sus paisanos sobre el pico de Tenerife; le volví a suplicar me dijese lo que sabía sobre el asunto de llamar a aquella fantástica isla de *San Borondón*, y me respondió con prontitud que no había visto el nombre de tal santo en el calendario español, ni conocía isleño alguno con tal nombre, ni tampoco a ninguno de los extranjeros con quienes había navegado, y que, desde luego, se persuadía que aquel nombre era una borondanga o morondanga, como la que dijo Dimas a Gestas. Le abracé segunda vez y, haciendo otra reverencia a los oficiales, me afiancé de los guardamancebos para bajar a la lancha, porque en estos pequeños bajeles es ociosa la escala real. Empezaron a remar los marineros a la flor del agua y palanquearon hasta poner la proa poco más de una vara de la dura arena, a donde se desciende por una corta planchada. Desde la playa a la población hay una corta distancia, que se sube sin fatiga, y en su planicie está fundada la novísima ciudad con el título de

MONTEVIDEO

voz bárbara, o a lo menos viciada o corrompida del castellano Monteveo, o portugués Monteveio, o del latín Montemvideo. En atención a su hermosa ensenada y otros respetos, dio principio a su fundación el año de 1731, con corta diferencia, don Bruno de Zabala, con 14 o 15 familias que se condujeron por don Domingo de Basavilbaso, en navío de don Francisco Alzaybar, de la isla y ciudad de la Palma, una de las Canarias. Se

hallaba de gobernador interino, por ausencia del propietario, brigadier don Agustín de la Rosa, el mariscal de campo don Joaquín de Viana, que había sido antes gobernador, con general aceptación. Tiene una fortaleza que sirve de ciudadela, y amenaza ruina por mal construida. Una distancia grande de la playa guarnece una muralla bien ancha de tapín, con gruesos y buenos cañones montados. Además de la guarnición ordinaria, se hallaba en ella y en el destacamento de San Carlos el regimiento de Mallorca y los voluntarios de Cataluña. Estaba de comandante del puerto el capitán de navío don Joseph Díaz Veanes, con dos fragatas y un jabequín, y de administrador de correos de mar y tierra don Melchor de Viana, y de interventor don Joaquín de Vedia y la Quadra, personas de estimación y crédito, con un oficial que asiste a la descarga y carga de los bajeles, todos a sueldo por la renta.

El número de vecinos de esta ciudad y su ejido aseguran llega a mil. Los curas anteriores al actual no han formado padrones, enfermedad que cuasi cunde a todo el Tucumán. El año de 1770 nacieron en la ciudad y todo su ejido 170 y murieron 70, prueba de la sanidad del país y también de la poca fecundidad de las mujeres, si fijamos el número de 1.000 vecinos. Lo más cierto es que los casados no pasarán de 300, y que el crecido número que regulan se compone de muchos desertores de mar y tierra y algunos polizones, que a título de la abundancia de comestibles ponen pulperías con muy poco dinero, para encubrir su poltronería y algunos contrabandos, que hoy día, por el sumo celo de los gobernadores actuales de Buenos Aires y Montevideo, no son muy frecuentes.

También se debe rebajar del referido número de vecinos muchos holgazanes criollos a quienes con grandísima propiedad llaman gauderios, de quienes trataré brevemente. En esta

ciudad y su dilatada campaña no hay más que un cura, cuyo beneficio le rinde al año 1.500 pesos, tiene un ayudante y cinco sacerdotes avecindados, y no goza sínodo por el rey. Hay un convento de San Francisco, con ocho sacerdotes, tres legos y tres donados, que se mantienen de una estanzuela con un rebaño de ovejas y un corto número de vacas, sin cuyo arbitrio no pudieran subsistir en un país tan abundante, en que se da gratuitamente a los ociosos pan, carne y pescado con abundancia, por lo que creo que los productos de la estancia no tendrán otro destino que el del templo y algunos extraordinarios que no se dan de limosna.

El principal renglón de que sacan dinero los hacendados es el de los cueros de toros, novillos y vacas, que regularmente venden allí de 6 a 9 reales, a proporción del tamaño. Por el número de cueros que se embarcan para España no se puede inferir las grandes matanzas que se hacen en Montevideo y sus contornos, y en las cercanías de Buenos Aires, porque se debe entrar en cuenta las grandes porciones que ocultamente salen para Portugal y la multitud que se gasta en el país. Todas las chozas se techan y guarnecen de cueros, y lo mismo los grandes corrales para encerrar el ganado. La porción de petacas en que se extraen las mercaderías y se conducen los equipajes son de cuero labrado y bruto. En las carretas que trajinan a Jujuy, Mendoza y Corrientes se gasta un número muy crecido, porque todos se pudren y se encogen tanto con los soles, que es preciso remudarlos a pocos días de servicio; y, en fin, usan de ellos para muchos ministerios, que fuera prolijidad referir, y está regulado se pierde todos los años la carne de 200 mil bueyes y vacas, que sólo sirve para pasto de animales, aves e insectos, sin traer a cuenta las proporciones considerables que roban los indios pampas y otras naciones.

La Dirección General de Correos había pensado aprovechar mucha parte de esta carne para proveer las Reales Armadas, en lugar de la mucha que se lleva a España del norte. Calculados los costos, se halló que con una ganancia bien considerable se podría dar el quintal de carne neta al precio que la venden los extranjeros en bruto, y que muchas veces introducen carnes de ganados que mueren en las epidemias, y de otros animales. Se han conducido a España varios barriles de carne salada en Montevideo, y ha parecido muy buena; pero como este proyecto era tan vasto, se abandonó por la Dirección General, siendo digno de lástima que no se emprenda por alguna compañía del país o de otra parte. Yo sólo recelo que el gusto de las carnes y el jugo sería de corta duración y que perdería mucho en el dilatado viaje de Montevideo a España.

Además de las grandes estancias de ganado mayor que hay en la parte occidental del Paraná, se crían muchos carneros del tamaño de los merinos de Castilla. La cuarta parte de un novillo o vaca se da por 2 reales, y a veces por menos; 12 perdices se dan por 1 real. Abunda tanto todo género de pescado, que van los criados a las orillas a pescarlo con tanta seguridad como si fueran a comprarlo a la plaza.

Es un espectáculo agradable ver las gaviotas y otros acuáticos lanzar en la tierra el pescado y la carne en el agua. Esta increíble abundancia es perjudicialísima, porque se cría tanta multitud de ratones, que tienen las casas minadas y amenazando ruina, y en medio de ella se compran las gallinas a 6 reales cada una, porque, aunque hay mucho trigo y a precio ínfimo, no puede adelantarse la cría, porque los ratones, fastidiados del pescado y carne, se comen los huevos y aniquilan los pollos, sacándolos de abajo de las alas de las gallinas, sin que ellas los puedan defender por su magnitud y audacia; y

por esta razón se conducen las gallinas desde Buenos Aires y valen al referido precio. De esta propia abundancia como dije arriba, resulta la multitud de holgazanes, a quienes con tanta propiedad llaman

GAUDERIOS.

Éstos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala camisa y peor vestido, procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su arbitrio por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otro o lo toman de la campaña, enlazándolo con un cabestro muy largo que llaman rosario. También cargan otro con dos bolas en los extremos, del tamaño de las regulares con que se juega a los trucos, que muchas veces son de piedra que aforran de cuero, para que el caballo se enrede en ellas, como asimismo en otras que llaman ramales, porque se componen de tres bolas, con que muchas veces lastiman los caballos, que no quedan de servicio, estimando este perjuicio en nada, así ellos como los dueños.

Muchas veces se juntan de estos cuatro o cinco y a veces más, con pretexto de ir al campo a divertirse, no llevando más prevención para su mantenimiento que el lazo, bolas y un cuchillo. Se convienen un día para comer la picana de una vaca o

novillo: le lazan, derriban, y, bien trincado de pies y manos, le sacan, cuasi vivo, toda la rabadilla con su cuero, y haciéndole unas picaduras por el lado de la carne, la asan mal, y medio cruda se la comen, sin más aderezo que un poco de sal, si la llevan por contingencia. Otras veces matan sólo una vaca o novillo por comer el matahambre, que es la carne que tiene la res entre las costillas y el pellejo. Otras veces matan solamente por comer una lengua, que asan en rescoldo. Otras se les antojan caracúes, que son los huesos que tienen tuétano, los descarnan bien, y los ponen punta arriba en el fuego, hasta que den un hervorcillo, y se liquide bien el tuétano que revuelven con un palito, y se alimentan de aquella admirable sustancia; pero lo más prodigioso es verlos matar una vaca, sacarle el mondongo y todo el sebo, que juntan en el vientre, y con una sola brasa de fuego o un trozo de estiércol seco de las vacas, prenden fuego a aquel sebo, y luego que empieza a arder y comunicarse a la carne gorda y huesos forma una extraordinaria iluminación, y así vuelven a unir el vientre de la vaca, dejando que respire el fuego por la boca y orificio, dejándola toda una noche o una considerable parte del día, para que se ase bien, y a la mañana o tarde rodean los gauderios y con sus cuchillos va sacando cada uno el trozo que le conviene, sin pan ni otro aderezo alguno, y luego que satisfacen su apetito abandonan el resto, a excepción de uno u otro, que lleva un trozo a su campestre cortejo.

Venga ahora a espantarnos el Gazetero de Londres con los trozos de vaca que se ponen en aquella capital en las mesas de estado. Si allí el mayor es de a 200 libras, de que comen 200 milords, aquí se pone de a 500 sólo para 7 u 8 gauderios, que una u otra vez convidan al dueño de la vaca o novillo, y se da

por bien servido. Basta de gauderios porque ya veo que los señores caminantes desean salir a sus destinos por Buenos Aires.

Dos rutas se presentan: la una por tierra, hasta el Real de San Carlos. Este camino se hace con brevedad en tiempo de secas, pero en el de aguas, se forman, de unos pequeños arroyos, ríos invadables y arriesgados. En el Real de San Carlos no falta lancha del rey, que continuamente pasa de Buenos Aires con órdenes y bastimentos, atravesando el Río de la Plata, que por esta parte tiene 10 leguas de ancho; pero advierto a mis lectores que la ruta más común y regular es por el río, a desembarcar en el Riachuelo, cuyo viaje se hace en una de las muchas lanchas que rara vez faltan en Montevideo. Con viento fresco favorable se hace el viaje en 24 horas, distando 40 leguas del Riachuelo. El desembarco es muy molesto, porque dan fondo las lanchas en alguna distancia y van los botecillos la mayor parte por la arena, a fuerza de brazo de los marineros, que sacan a hombros, pasajeros y equipajes, hasta ponerlos muchas veces en sitios muy cenagosos, por falta de muelle. Algunas veces se aparecen muchachos en sus caballos en pelo, que sacan a los pasajeros con más comodidad y menos riesgo que en las barquillas.

Hay ocasiones que se tarda una lancha en llegar al Riachuelo, 15 días, porque con los vientos contrarios se pone furioso el río y les es preciso hacer muchas arribadas de una y de la otra banda, y tal vez, a sitio donde con dificultad se encuentran bastimentos, por lo que aconsejo a vosotros saquen de Montevideo los necesarios para cuatro o cinco días. A las 4 leguas de la salida, ya las aguas del río son dulces y muy buenas, por lo que no se necesita prevención de ella a la ida, pero sí a la vuelta para Montevideo, para en caso en que no pueda tomarse el puerto y verse precisados a dar fondo en agua sa-

lada. Antes del Riachuelo están las balizas, que son unas grandes estacas clavadas en el fondo, y por lo que se descubre de ellas se sabe si hay o no suficiente agua para darle en el puerto. Los pasajeros se desembarcan cerca del fuerte, y a sus espaldas, y su principal entrada está en la plaza mayor y frente al cabildo de Buenos Aires.

*Lima**

CONCOLORCORVO

PRETENDÍ HACER una descripción de Lima, pero el visitador me dijo que era una empresa que no habían podido conseguir muchos hombres gigantes, y que sería cosa irrisible que un pigmeo la emprendiese. Pero, señor visitador, ¿es posible que yo he de concluir un itinerario tan circunstanciado sin decir algo de Lima? Sí, señor Inca, porque a vuestra merced no le toca ni le tañe esta gran ciudad, porque en ella se da fin a mi comisión. Los señores don Jorge Juan, añadió, don Antonio de Ulloa y el cosmógrafo mayor del Reino, doctor don Cosme Bueno, escribieron con plumas de *cisne* todo lo más particular que hay en esta capital, a que no puede vuestra merced añadir nada sustancial con la suya, que es de *ganso*. Sin embargo, le repliqué, sírvase vuestra merced decirme qué diferencia hay de esta gran ciudad a la de mi nacimiento. Supongo yo, señor Inca, me respondió, que vuestra merced está apasionado por El Cuzco, su patria, y quisiera que dijera yo que excedía en todas sus circunstancias a la de Lima, pero está vuestra merced muy errado, porque dejando aparte la situación y ejidos, debía

* Tomado de *El lazarillo de ciegos caminantes*, Antonio Lorente Medina (ed.), Madrid, Editora Nacional, 1980.